

El individuo y la complejidad. Una perspectiva espacio-temporal sobre la acción social y política

Este trabajo discute las fronteras que tienen algunos conceptos en sociología y en ciencia política para explicar la forma en que se desarrollan valores en otras sociedades. Para ello toma como punto de referencia la complejidad y la diversidad de sistemas sociales, situación que parece ser un signo de nuestro tiempo (o por lo menos más evidente) y que pone en tela de juicio temas como la racionalidad, el individualismo, la libertad y la democracia, entre otras cuestiones. De esta manera se consideró abordar dos esferas, una tiene que ver con los presupuestos en el debate micro-macro que se acercan a una situación espacio-temporal y la otra determina los elementos históricos que determinaron un tipo de sociedad occidental.

Introducción:

La complejidad, entre lo micro y la estructura social

Este trabajo pretende demostrar que, como consecuencia de las posiciones parciales que se pretendieron universales, sobre todo

en la sociología (con relación al individuo) y en la ciencia política (los valores de igualdad y democracia), se olvidaron los retos que plantea la complejidad social. De ahí que los nuevos tipos específicos de relaciones, las estrategias y actitudes políticas supongan, además, problemas que inciden en el núcleo duro de la teoría social.

La explicación de los cambios en el sentido y nivel de relaciones invita a una revisión de los cuerpos conceptuales y de las áreas más expuestas, ante el proceso de ampliación y desdoblamiento de las dimensiones de la vida social.¹ Este fenómeno, sobre

1 Para acotar mis supuestos me referiré someramente al problema de la relación micro-macro y a los valores políticos en el mundo occidental, mismos que han tenido un importante desarrollo; no es posible en este espacio tratar cada uno a profundidad, por lo que esbozaré las ideas principales.

* Es Profesor Investigador de la Universidad de Zacatecas.

cedenom@cantera.reduaz.mx



el que llamaré la atención a lo largo de este ensayo, lo considero producto de la creciente interacción entre diferentes universos. Universos que van desde un carácter cultural (por ejemplo, los nacionalismos) hasta situaciones microsociales inscritas en situaciones de lenguaje, de información, etc.

Al respecto, algunos autores engloban esta problemática como parte de los efectos de los cambios naturales en las propiedades de los sistemas; otros la ven como la manifestación de rasgos (normalmente se busca hacerlos pasar como virtudes) individuales que, en ocasiones, están empapados de cierto radicalismo, donde se exalta el papel de las creencias, de la espontaneidad o de intereses expresados en formas diversas que tienen como eje un tipo de asociación temporal; pero en todos los casos, con virtudes o sin ellas, se encuentra un problema de nuevas situaciones sociales y políticas.

La complejidad social determina explicaciones sobre importantes elementos de la realidad; de ahí la profundización en el conocimiento de los efectos de la globalización y su traducción en términos tanto de comunicación, como del peso de situaciones geopolíticas, etc. Es innegable que indican una realidad con grados diversos de consistencia y diferencias pero, al mismo tiempo, interrelacionado y complejo. Sin embargo, la forma que adquiere el cambio o el desarrollo permite cuestionar la vigencia de algunas teorías y la conceptualización genérica de relación social, lo que incluye la naturaleza del orden y del cambio político.

El primer caso del limitado cambio conceptual (incluida la discusión sobre las fronteras en las disciplinas en ciencia social) tiene que ver, por ejemplo, con la estrecha y rutinaria aplicación interpretativa sobre el significado de la acción o bien sobre el vacío en el contenido de elementos que se suponían cohesionadores del mundo social, tales como la igualdad o la justicia y los marcos de la libertad. Se trata de elementos que se refieren a derechos políticos en el mundo occidental, pero sobre los que cada vez hay mayor acuerdo en que pue-

den resultar poco útiles para comprender las necesidades dentro de la creciente diferenciación de actores o las diversas formaciones sociales.

El eje del mundo occidental, al excederse en la defensa del racionalismo, del utilitarismo y de un tipo de democracia, dejó fuera otras formas de asociación como son las dimensiones cultural, comunal y política. Pero, al cabo del tiempo, los mismos pensadores occidentales han retomado algunas incapacidades o inconsistencias teóricas del medio en que viven ante la preocupación del cambiante e interrelacionado mundo donde cohabitan valores diversos.

Sin embargo, el problema se ostenta como más grave y pareciera que la razón se ha vuelto en contra de las grandes teorías, situación que abre opciones a recursos paradigmáticos que privilegian el amplio espectro de decisiones en pequeños átomos que irrumpen normalmente en contra de la vigencia de estructuras e instituciones que se pretendieron universales en el tiempo y el espacio. Me referiré por eso de manera sucinta a los escenarios de lo micro-macro y a la base de teoría política contemporánea que exaltó el individualismo. Se trata de dos factores complejos, por lo que espero no perderme y ocultar sin querer la dimensión propia de cada uno.

En el enfoque sistémico contemporáneo ya se había advertido que los sistemas sociales son interacciones que contienen comunicaciones que, las más de las veces, no pueden ser controladas; además tienden a generar multiplicidad de puentes y pistas donde se desarrolla la acción; esto es, se detecta una creciente diferenciación entre sociedad e interacción (Luhman, 1994). En este argumento que considero central en ciencia social no me detendré mucho, aunque es un puntal en mi problematización que más adelante defino.

Esto quiere decir que las sociedades son cada vez más capaces de realizar los prospectos de un sistema grande, complejo y englobante que no puede estar limitado a las posibi-



lidades de la interacción cara a cara; la interacción, por otro lado, también tiende a ser más compleja y requiere de diferentes opciones de estudio. Normalmente aquélla se encuentra presionada porque se hace cargo de responsabilidades multifuncionales y es claro que las interacciones pueden superar los retos de la complejidad por su cualidad adaptativa (situaciones diferentes que hablan de una capacidad evolutiva); pero ciertamente las interacciones deben verse a la luz de límites sociales para poder definirlos.

Ambos niveles, insisto, cada uno por su lado, se han vuelto más complejos. Si debemos reconocer esa realidad ¿qué zonas de la vida política ha tocado tal proceso? ¿quiénes y cómo tratan de dar respuesta a esta situación multifuncional?

Uno de los ejes centrales del pensamiento de la modernidad es la racionalidad. Se trata de una acción privilegiada como principio de decisión pero, como en esencia es un enfoque normativo que indica el sentido de las acciones e intenta predecir cómo se comportarán las personas bajo ciertas indicaciones, entonces sus referentes empíricos se encuentran anclados en una perspectiva que concibe al actor en forma unitaria. De ahí las aplicaciones de esa noción de unidad a entidades políticas complejas, situación útil para encontrar analogías; sin embargo, se perciben fallos e insuficiencias para explicar comportamientos colectivos, así como la creciente diversificación de actores y asociaciones en un mundo complejo.

Cabe decir que las metateorías construyeron sus campos de conocimiento con un individuo reflejado en esa sociedad de carácter unitario. Las clases sociales, los partidos políticos, diversas formas de organización corporativa, etc., se pensaron bajo una suerte de entidades uniformes y unidas, situación que soslayó la múltiple combinación de intereses y competencias. En gran medida, el racionalismo, al cubrir con su halo utilitario la vida social, mitificó en forma automática la creatividad y disposición de los actores sociales.

Para los críticos de las teorías de la racionalidad, la sociedad no debe entenderse según el modelo de actor unitario. Se trata de una perspectiva atractiva porque sugiere la fragmentación de decisores, lo que implica la presencia de factores subjetivos determinantes de la relación social (Elster, 1991). La opción interpretativa del enfoque se inscribe en la crítica a las grandes teorías presuponiendo condiciones diversas que evidencian la ausencia de uniformidad; entre éstas se encuentran: a) los problemas intrapersonales de suma de preferencias y b) la posibilidad del autoengaño y otras formas de fragmentación cognoscitiva. A partir de tales premisas puede deducirse la inviabilidad de la ingeniería social en gran escala, así como pensar que la elección en materia de decisión política se realiza en condiciones de radical indeterminación cognoscitiva.

Ante esta situación, cuestiones como el caos y el desorden son un reflejo provocativo de formas de acción individual, pero considero, y en ese sentido argumentaré, que las disciplinas que en el pasado abordaban aquellos problemas no han sido del todo flexibles en innovar dentro de sus mismos campos, como tampoco en una perspectiva interdisciplinaria más atenta a las condiciones concretas en que se despliega la actividad social.

Como consecuencia del escaso acuerdo teórico, que corre paralelo a las insuficiencias en torno del contenido y actualización de conceptos por los cuales se interpreten las dimensiones en las que evoluciona el individuo y los márgenes a su acción, es que han aumentado las propensiones a determinar que la creciente complejidad de las acciones individuales forma parte del caos, es decir, de un nueva correlación entre orden y desorden (Balandier, 1990:11).² En realidad se trata

² Su argumento señala que la modernidad (que debería emparentarse con la noción de conservar) determina que nuestro tiempo puede ser examinado, interpretado y organizado. La otra cara de la moneda la constituye la confusión y la inestabilidad; ahí, según el autor, hay una abundancia de lo nuevo que da oportuni-



de una de las líneas, tal vez no la más importante ni la mejor, pero bastante efectiva, en la tónica permanente del contrailuminismo (Berlin, 1989).

La realidad contemporánea no sin razón ha nutrido esta expectativa. Por ejemplo, los regionalismos, los innumerables reagrupamientos sociales, las incapacidades de los partidos políticos para responder a nuevas aspiraciones ciudadanas más actuantes, etc., contribuyen a una reflexión sobre lo que piensan los actores, preferentemente individuales o con formas de asociación en pequeña escala que desarrollan activas, aunque las más de las veces coyunturales, formas de acción para llevar adelante sus intereses.

Sin embargo, parece claro que entre las preocupaciones fundamentales en la ciencia social y en particular en la ciencia política, la sociología o la historia, está la cuestión de vincular y desarrollar niveles de análisis tanto en el sentido de procesos individuales, como en lo referente a las formas de organización social de mayor escala. De ahí los esfuerzos actuales hacia la caracterización de las formas del cambio o de la continuidad de la acción social y sus elementos contingentes: la acción individual, el orden (incluida la cuestión del poder, las reglas del juego y el cambio en las instituciones) y la vida social.

De acuerdo a esta consideración, que puede representar si se quiere una hipótesis, señalaría que el argumento central de este trabajo es que periódicamente hay comportamientos que denominaría como *desdoblamientos*, que ensanchan los marcos de la acción social y que impactan no sólo sobre el individuo, sino sobre los valores y creencias políticas. Éstos gravitan en torno de problemáticas comunes en la ciencia política o la sociología, como es el alcance de los conceptos de libertad,

dad a una libertad nueva y fecunda. En ese sentido, el desorden se vuelve creador. Entre esos dos polos, dice Balandier, "se sitúan las ignorancias, las interrogaciones, las dudas, los desconciertos, todo lo que puede llevar a un escepticismo trivial o a un nihilismo nefasto..."

igualdad y derechos políticos pero, observado en forma estrictamente teórica, se trata de la situación del individuo y su capacidad cognoscitiva transformadora (Berlin, 1996:71).³

Para los autores modernos del caos, el orden y el desorden son las caras de una misma moneda y sostienen que la inversión del orden no implica necesariamente su derrumbe, de manera que se puede aventurar que el segundo puede servir de refuerzo o ser constitutivo de una nueva figura; es decir, el orden a partir del desorden. (Balandier, Op. Cit.:112). Naturalmente se trata de un argumento muy atractivo y rico en contenido, pero subyace la pregunta sobre si las ciencias sociales pueden ceder su terreno interpretativo en torno de la explicación de la conducta en ámbitos sociales específicos, o bien si pueden dialogar con una perspectiva digamos sobre la capacidad “autónoma” del individuo (Nisbet, 1991).⁴

En el marco de este argumento pretendo señalar algunos de los aspectos dicotómicos y las magnitudes del debate sobre la vigencia y contenidos de conceptos. Para ello sugiero una reflexión sobre la ubicación espacio-temporal de los hechos sociales; considero que no sólo permite líneas de comunicación entre disciplinas, sino que también coadyuva a determinar el cambiante radio de acción de los sujetos y ser legible para la construcción de conocimiento.

3 La crítica al liberalismo se basa en que ocultó al actor central que era su justificación. Esta insuficiencia nos hace ver que la universalización de conceptos tiene en realidad límites históricos o geográficos. Se trata de una problemática que tampoco ha sido superada por el marxismo en sus líneas prácticas de acción. Con respecto a la primera postura, los dos grandes movimientos de liberación del siglo XIX –el individualismo humanitario y el nacionalismo romántico– pensaban que todos los seres humanos podrían resolver sus problemas con los recursos intelectuales y morales a su alcance, pero las distintas escuelas de pensamiento daban respuesta a distintos problemas... los conservadores y los socialistas creían en el poder e influencia de las instituciones y las consideraban como salvaguarda necesaria contra el caos, la injusticia y la crueldad.

4 En su obra sobre el progreso concluye diciendo que, a partir de tener en cuenta la historia para recuperar las condiciones vitales del propio progreso, es necesario que aparezca una cultura en cuya raíz se encuentre un profundo y amplio sentido de lo sagrado.



Considerando estas premisas es que la exposición se divide en dos partes que tienen presente la caracterización de la relación entre individuo y estructuras o reglas. La primera parte aborda los principales ejes en torno de la cuestión individuo-estructura, que en la sociología ha dado lugar a la famosa situación aparentemente dicotómica entre microsituaciones y macroestructuras; no señalaré los argumentos en pro o en contra que han enriquecido los términos del debate, sino las nuevas aportaciones para superarlo hacia la complementariedad y el tratamiento del problema con diferentes argumentos.

La segunda parte hace énfasis en las reflexiones en la ciencia política sobre la actualidad y límites en las categorías de análisis que, intentando explicar los derechos políticos del individuo, lo subordinaron a otras dimensiones, como por ejemplo, a la perspectiva sobre el Estado, la ideología, etc., situación que permitió una diferente constitución del ciudadano en el marco de un ambiente social complejo y diferenciado. El hilo conductor en ambas disciplinas parece encontrarse en la incorporación de la noción de la **espacialización** de las construcciones teóricas como determinante de la vida política, es decir, condiciones claramente acotadas por situaciones objetivas como pueden ser las culturas, los aspectos territoriales y la vida íntima de las comunidades (de manera que se encuentra aquí inscrita la complejidad de lo social). La complejidad del mundo real puede todavía dibujarse bajo contornos muy precisos pero que deben adquirir soltura y flexibilidad para crear nuevas explicaciones sobre la magnitud de los actos, digamos para ponerlo en un lenguaje común, de los ciudadanos.

Al abordar los elementos del análisis comparado de la política, se ha considerado que la necesidad de comparar no sólo se refiere a cuestiones de carácter metodológico, sino a una cuestión de hecho; me parece pertinente esta vertiente en los marcos de mi propuesta, en tanto que no es posible iniciar la relación de la comparación con el control de las hipó-

tesis sin tener en cuenta las profundas divisiones entre los científicos sociales (Panebianco, 1994).

De esta manera, en las ciencias sociales no se trata de construir un objetivo de acumulación; más bien los límites son impuestos por la necesidad de comprensión. Desde su punto de vista:

“...El saber politológico (o sociológico o antropológico) resulta siempre tan poco acumulable. Este saber se transforma, en efecto, y se redefine constantemente, no dependiendo de los progresos científicos alcanzados, sino dependiendo de los variables y diferentes puntos de vista (sobre lo que es y no es culturalmente relevante), cuya sucesión domina la evolución de las ciencias sociales y que está condicionada –si bien no determinada, como piensan algunos sociólogos del conocimiento– por el cambio histórico y por el modo en el que, continuamente, el estudioso se enfrenta a él” (Idem:86).

La situación del individuo
en la construcción y expansión
de microescenarios

Paulatinamente se está dejando de lado el escepticismo que causaba el término *acción*, proveniente de las influyentes corrientes sociológicas que aspiraban a la formulación de una teoría general, pero que propició una intensa búsqueda que llega a fronteras tan disímolas y complejas como es la reivindicación de los “actos del habla”. Esto ha determinado pasar de posiciones que en el debate se suponían dicotómicas a la consideración de que los procesos micro-macro obedecen a un continuo en el que depende esencialmente en qué punto desea situarse el investigador; si algo prohicieron las teorías en sociología fue lograr la revisión del influyente enfoque macro weberiano, así como las posturas procedentes de la teoría del intercambio, todo ello con el objeto de construir nuevos esquemas interpretativos.



Sin embargo, subsisten preguntas a las que debe responder el debate entre los enfoques reduccionistas u holistas de la realidad social; debate que, de cuando en cuando, resurge con intensidad. Algunas de estas interrogantes podemos señalarlas en el orden siguiente: ¿Es posible separar las cuestiones ontológicas y epistemológicas, sobre todo en términos sociológicos? ¿Cómo impacta la búsqueda de relación entre esos niveles en otras disciplinas? ¿En qué forma el análisis espacial y temporal reconstituye las dicotomías subyacentes?

La búsqueda de respuestas me llevó a la idea de articular (quizás en forma muy general) en este apartado los fundamentos individuales o institucionales que son contingentes del espinoso problema de la acción. Esta articulación puede hacerse de varias maneras, sea tratando en forma reduccionista las tendencias de las grandes estructuras, o bien centrarse en la interacción subjetiva de individuos. Al respecto me parece que esta última posición se emparenta con los defensores de la teoría del caos y, aunque no rescata fundamentos antropológicos, comparte un fin similar.

Pensando en los diferentes enfoques al problema entre acción individual y vida social es pertinente explorar los entornos de la integración científica, por eso me llama la atención abordar las construcciones y niveles del mundo social desde la perspectiva de la organización del espacio y la amplitud del tiempo. Para ello sostendré que las relaciones de diferente nivel pueden medirse en su **intensidad** y **alcance**, considerando como referentes la *localización* de actividades sociales.

Para el gusto sociológico de explicación de las prácticas sociales, pueden tomarse como referentes la conversación o bien la negociación *vis a vis*, pero coincido con el argumento central de que, por ejemplo, el concepto de *agencia humana* puede resultar más completo y referir a una esfera de conducta, así como a su atributo interventor en el curso de acontecimientos (Giddens, 1984). Considero que esta perspectiva

es cercana al enfoque multidimensional de Alexander (1994)⁵ y ambos tienen la virtud de centrar adecuadamente otros análisis y permiten someterlos a una discusión que refleja el reto de reconstruir la teoría social, ya sea en términos de metateoría o como un esfuerzo sintético y de competencia entre ellas.

Con la idea de encontrar nexos comunes hacia la ciencia política, señalaré los argumentos centrales de estos autores para vincularlos con los conceptos de lo *local* y la *localización* y que los entiendo en mi contexto como las formas particulares y particularizantes de acciones sociales. En otras palabras, se trata de deslindar los elementos que dan contingencia a las relaciones sociales, al mismo tiempo que permiten entender cómo se distribuyen e interrelacionan los diversos niveles del mundo social.

Los trabajos que orientan sus esfuerzos hacia la perspectiva integradora de la relación micro o individual con el mundo de vida consideran que existe un falso debate donde se encuentran en relación dicotómica las características objetivas y subjetivas de las relaciones sociales. Prácticamente en todas las fuentes modernas de la relación micro-macro subyace una vuelta al recuento de lo realizado por autores como Alexander, o bien hacia la corriente iniciada por George Herbert Mead y su seguidores en el interaccionalismo: me refiero a Blumer, Homans, o a la fenomenología de Schutz y su vertiente etnometodológica con Garfinkel o Shegloff.

Coincido en que aun con los buenos deseos integracionistas, aquéllos que se orientan desde el nivel macro hacia cuestiones micro, y viceversa, prevalecen soluciones poco satisfactorias que precisamente dan lugar a una falta de compren-

5 Su enfoque multidimensional sugiere un *continuum* micro-macro determinado por el orden generado en la sociedad. La relación directa –de acuerdo al modelo integrador de Alexander– está en el cruzamiento con la acción. En el extremo macro de este continuo, el orden se crea externamente y su naturaleza es colectiva y, en el extremo micro, el orden se deriva de fuerzas internalizadas. Ello permite tanto el orden como la acción voluntaria.



sión y tratamiento de la complejidad. Al respecto, Ritzer (1993: 486) es de la idea que los extremismos siempre se encuentran latentes, en buena medida por la búsqueda de mejores explicaciones para entender el mundo de vida y los micromundos. Sin embargo, la perspectiva actual señalaría orientaciones hacia la síntesis teórica, pero esta síntesis se entiende no por el desarrollo de una gran teoría sintética que abarque toda la producción, sino por la posibilidad de engarzar ideas teóricas a veces aisladas.⁶

Sostengo que la relación tiempo-espacio se finca sobre relaciones asimétricas; asimismo, el espacio está comúnmente limitado por la competencia y conflicto entre actores que buscan organizar y controlarlo. Los ejemplos pueden encontrarse en múltiples formas: un caso es el desarrollo de las ciudades, de la cultura, de la comunidad, etc., pero también en relaciones muy amplias que se ubican en una perspectiva histórica y política. De ser acertada esta posibilidad, entonces tendríamos elementos suficientes para abordar la complejidad desde una perspectiva centrada desde las metateorías.

La “localización” de la microexperiencia del individuo es una preocupación en muchos sociólogos importantes; pero me parece que hay propuestas más atractivas en la conceptualización del espacio-tiempo para evitar caer en el movedido escenario de lo micro-macro (Giddens, 1994). Sin embargo, podemos decir que actitudes o conversaciones vistas en forma localizada pueden tener sentido y permitir la comprensión de las estrategias de los sujetos para interactuar y relacionarse con la estructuras como el orden o la propiedad. No menos importante es la prioridad a los elementos del orden institucional para relacionar campos de acción y estructuras.

6 “Entre las direcciones prometedoras se cuentan los trabajos que integran teorías micro y macro desde una orientación macroteórica (y viceversa)... el trabajo que define lo micro en términos de lo macro y viceversa, centrado en una dialéctica constante”.

El desarrollo en la perspectiva de los dilemas a que conduce plantear la producción y la reproducción de la vida social puede contrastarse con los argumentos de Winch o de Collins, quienes han tratado de investigar las regularidades de la conducta en un campo no estrictamente sociológico; nos encontraríamos que aquél considera que estas corrientes se aferran a una concepción de la acción social *in situ*. Esto determina limitaciones que no consiguen explicar adecuadamente el cómo se reproducen y qué son las regularidades.

Volvamos ahora al punto de cómo entender las prácticas sociales en un sentido espacializado. Al respecto pretendo establecer que se lograría a partir de un conocimiento compartido por quienes están involucrados y participan, reconociendo alguna práctica o una serie de prácticas. Éstas no podrían estructurarse sin el escenario que da lugar a la efectividad de procedimientos aceptados por el colectivo humano. Asimismo, sólo por la construcción de espacios es que los participantes logran explicaciones interpretativas que los llevan a reconocer sus propias actividades.

Estos elementos nos permiten generar el campo propicio para incorporar el concepto de lo *local*. Éste se entendería a partir de que se conjugan los procedimientos perceptivos y conversacionales con las circunstancias materiales de la conducta social; de ahí que sea equiparable a una región física donde se desarrolla la interacción; se considera como atributo límites precisos que contribuyen a concentrar la interacción en un sentido determinado. En otras palabras, se trata de los asentamientos físicos de la actividad social ubicada; este concepto incluye aspectos no sólo regionales, sino geográficos.

Por ejemplo, si hablamos del poder puede reflexionarse sobre la acumulación de recursos de autoridad y “distributivos”, pero no pueden entenderse como resultado de un ejercicio independiente, sino relacionados con la reproducción de las prácticas y en la situación dual que en ocasiones manifiesta la estructura normativa y como centro de transformación.



Se pueden introducir nuevos retos a la explicación social de la actividad que genera nuevos escenarios; para ello vale preguntar por qué la separación entre tiempo-espacio es de vital importancia, por ejemplo, para el dinamismo extremo de la modernidad (Giddens, idem). En primer lugar, a diferencia del pasado, donde las dimensiones espaciales de la vida social están dominadas por actividades localizadas, el mundo moderno separa el espacio del lugar; sin embargo, como este autor apunta, no debe verse como un desarrollo unilineal; más bien las tendencias pueden provocar condiciones contrapuestas.⁷ De hecho, entre las características de la sociedad moderna se encuentra que las instituciones pueden aunar lo local con lo global de múltiples formas, quedando una y otra en posición de irreductibilidad. Asimismo, la nueva inserción de la historicidad depende de formas diversas de relacionar el tiempo y el espacio.

Hasta aquí podemos aventurar algunas conclusiones tentativas para relacionar los problemas del debate de lo micro y lo macro; éstas tienen que ver con reconsiderar la dimensionalidad de las actividades sociales que no pueden entenderse si no se observa cómo se insertan y cómo modifican las circunstancias del lugar y del tiempo (coyuntural o histórico).

Los límites del individualismo
y el privilegio del uso de la razón.
Algunos enfoques politológicos alternativos

Pasemos ahora a la parte que le corresponde ocupar a la ciencia política en la determinación del nuevo espectro de actitudes individuales en el marco del desdoblamiento crecien-

⁷ Tal separación es la condición para lo que denomina el proceso de “desanclaje”, pero el espacio sigue desempeñando un papel importante, pues las instituciones “desvinculadas” extienden enormemente el ámbito de distanciamiento entre tiempo-espacio, pero este fenómeno sirve para abrir un abanico de posibilidades de cambio al liberar de las restricciones impuestas por hábitos y prácticas locales.

te. La valoración universalista de la democracia y la igualdad tendieron un manto ideológico y un deber ser que no tuvo en cuenta ni la cultura ni las condiciones temporales de los procesos políticos. Por ello asumo la necesidad de recurrir a una precisión de índole temporal y espacial como condición para observar la eficacia de los conceptos políticos; en segundo lugar retomo algunos ejemplos en torno de las limitaciones de conceptos como libertad, igualdad y justicia que, debido a las incapacidades para sostenerlos en todos los lugares, ceden ante la provocadora perspectiva de las relaciones micro que pueden estar regidas por otro tipo de principios. Asumo que esto no hace menos vigentes y efectivos al primer grupo de conceptos, sino más bien los enfrenta a un pulimento y a la redimensionalización en aras de una mayor claridad de los fines en las acciones individuales y colectivas.

Al respecto considero que el saber nomológico no constituye un fin en sí mismo y que, en cambio, tiene que ver con la comprensión de los fenómenos que los científicos suponen culturalmente relevantes; en otras palabras, ese saber constituye un instrumento para construir explicaciones locales, ideográficas (en el sentido de la falta de construcción de un cuerpo teórico generalizante y un trabajo eminentemente descriptivo-interpretativo), tanto si se trata de un macrofenómeno como de una microsituación social (Panebianco, Op. Cit.). Al respecto es enfático al señalar:

“Explicación local, en este contexto, significa explicación relativa a fenómenos delimitados en el tiempo y en el espacio. Naturalmente, el “tiempo” puede ser una época entera y el “espacio” un área geopolítica y cultural. En cualquier caso, el punto de arribo serán teorías locales o con diferente terminología; teorías seculares válidas sólo para los casos examinados y no para otros” (Idem: 87).

Esta posición me lleva a proponer dos cuestiones: una, que la creciente diferenciación en la estructura social no puede dejar



de tener referentes de carácter local y, segundo, que las explicaciones en la naturaleza de las relaciones sociales exige fijar el contenido de las épocas para dar sentido a conceptos clave.

Éste puede ser el caso, por ejemplo, de la relación entre democracia y representatividad, donde la estrechez en la utilización de los valores políticos conduce a la idea, por cierto optimista y de alguna manera equivocada, de que los procesos electorales transparentes y confiables conducen a un buen gobierno y a una relación racional entre intereses del Estado y de los ciudadanos.

En este sentido, en su momento, Tocqueville afirmó que existen condiciones determinadas y límites precisos a la realización del principio democrático. En realidad no es más que una forma diferente de decir que, en tanto no se tenga la agudeza de comparar en la civilización moderna, no puede avanzarse en la construcción de nuevas fronteras. La necesidad del análisis comparado se fortalece por el impacto que causa una paradoja en el mundo moderno y que consiste, por una parte, en el desarrollo de un gran número de puntos de vista particulares, de actividades y disciplinas especializadas; por otra parte, la racionalidad es uno de los valores a los que en principio se somete y tiende a generar una línea de acción. Se trata de la ideología moderna que somete a los actores a un solo principio.

Me parece que aquí las reflexiones deben tomar un giro hacia un campo de especialidad donde se encuentren principios integradores que ubiquen su eficacia a partir de reconocer la temporalidad en que se generan explicaciones sobre el universo y sobre el individuo, pero también se trata de comprender que sólo con una actitud comparativa se pueden asimilar aportaciones no generales que rescatan fundamentos específicos de la relación de los individuos. Entre estas dos perspectivas, estaríamos entre dos tipos de sistemas, uno de carácter holista y otro individualista; el punto está en resolverse por qué parte de la realidad deseamos observar (Dumont, 1984).

Ciertamente, el individualismo ocultó al sujeto que era la razón de su argumento y ahora se nos presenta como una figura amorfa y presa de grandes contradicciones. Los medios se convirtieron en fines y esto ha dado pie al escepticismo, sobre todo en términos del ideal democrático, pero también ha incitado a la revaloración de las múltiples opciones de los sujetos para expresarse.

Tomemos un ejemplo de conceptos con elementos diametralmente opuestos, subyacentes en las formas de vida política en las sociedades que llamamos tradicionales y modernas. Se ha llamado la atención en términos de que la jerarquía ha sido tabú para el ojo crítico occidental; a ella se anteponen los argumentos del igualitarismo, pero en lo que poco se repara es que en la universalización del concepto surgen tendencias involuntarias que dan la pauta al surgimiento de escenarios que indican tendencias totalitarias de una sociedad que hace sólo iguales a los miembros de un sector. La explicación se encuentra en que la ideología no tiene el poder de transformar la sociedad más que dentro de ciertos límites; además, el asunto se complica cuando al ignorar esos límites se produce lo contrario de lo que se ha buscado (Idem.).⁸

Tomemos algunos elementos centrales para la teoría social y política, como son los términos de igualdad y libertad. Se trata de construcciones que respondieron a la justificación del pensamiento liberal que se podría concebir como una forma inamovible que particularmente en el siglo veinte ha dado traspies y producido encajadas formas discriminadoras y, hasta cierto punto, aniquiladoras de otras formas culturales y de vida social.

⁸ Una mala lectura de Dumont plantearía que se trata de una defensa conservadora de la jerarquía. Pero como señala el autor: "...A partir del momento en que la jerarquía es desalojada, la subordinación debe ser explicada como el resultado mecánico de la interacción entre individuos y la autoridad se degrada en "poder", el "poder" en "influencia", etc. Se olvida que esto sólo se produce sobre una base ideológica definida, el **individualismo**: la especulación política se ha encerrado sin saberlo en los muros de la ideología moderna". p.22.



Si bien la igualdad es uno de los más antiguos y profundos significados del pensamiento liberal, no es más ni menos “natural” o “racional” que cualquier otro constituyente del mismo. Esto implica que no puede ser en sí mismo justificado, ya que es un elemento que justifica otras acciones, pero no puede observarse como una forma total o una fórmula perfecta. Al respecto, Berlin (1983: 177) es de la opinión de que, en su forma extrema, el igualitarismo requiere la reducción al mínimo de todas las diferencias entre los hombres, la supresión al máximo de distinciones, pues todas las diferencias pueden conducir a irregularidades en el tratamiento y, como señala:

“Si este ideal, en su conjunto, es rechazado en las doctrinas políticas reales se debe, al parecer, sobre todo al hecho de que entra en conflicto con otros ideales con los cuales no puede reconciliarse totalmente; ciertamente, la mayoría de las concepciones éticas y políticas son formas de una componenda, más o menos fácil de conservar, entre principios que en su forma extrema no pueden coexistir”.⁹

De considerar esta lógica podríamos preguntarnos si la teoría del caos, que en buena medida es una reacción a las teorías clásicas, nos remite a una falta de relación y de disposición para discutir problemáticas comunes. De aceptarse el cuestionamiento, ¿no nos orienta hacia una forma de radicalismo extremo que otorga al individuo más posibilidades de las que realmente los conjuntos sociales pueden resistir y garantizar?

La igualdad y la justicia son valores entre muchos, por lo tanto, el grado en que son compatibles con otros fines depende de situaciones concretas, es decir, de la amplitud que tienen las acciones individuales o colectivas y no son ni más ni menos racionales que cualquier otro principio último.

⁹ Idem., p.177-78.

Rousseau (1994), en su **Discurso sobre el origen de la desigualdad**, observó que las sociedades políticas tienden a aumentar las formas de inequitativa distribución de bienes, amén de otras formas de desigualdad como la moral, cuestión que es contraria también al derecho natural.¹⁰

Existen salidas a esta situación; una de ellas, por ejemplo, es la que Berlin considera en que se debe tomar en cuenta la posibilidad de una colisión entre diversos fines humanos.

Esta posibilidad es real y puede presentarse no sólo entre los ideales de una sociedad y una cultura con otras; con el paso del tiempo y el crecimiento de problemas que tienen que enfrentar los individuos, aquellos fines llegan a chocar unos con otros dentro de una misma sociedad. Aquí deben introducirse dos tipos de variables para encontrar una salida a esta situación; una es la relativa a los marcos normativos que pueden ser jurídicos, morales o filosóficos que soportan una estructura social, y otra es el periodo o momento en que se insertan estos valores. Pueden existir en forma latente y de pronto expandirse hasta llegar a dirigir toda la estructura de una comunidad o de un país. Pero, indudablemente, se asocian a un acotamiento temporal.

Un caso de ubicación temporal puede extraerse de la perspectiva que plantea de que la decisión de la mayoría es la fuente inalterable en la buena conducción en los sistemas políticos; sin embargo, me adscribo al punto de vista de quienes argumentan que si todos los problemas se sometieran al simple voto mayoritario, la sociedad en realidad tendría que aprender a ser inestable e imprevisible (Elster, 1991, Op. Cit.:162).

10 A mayor abundamiento señala: "...De esta exposición se deduce que la desigualdad, al ser casi nula en el estado natural, saca su fuerza y su crecimiento del desarrollo de nuestras facultades y de los progresos del espíritu humano y llega a ser finalmente estable y legítima por el establecimiento de la propiedad y de las leyes" (p.116).



Ciertamente, todas las democracias avanzadas, sean directas o indirectas, desarrollan recursos estabilizadores tales como cuerpos independientes o reglas sustantivas que protegen libertades civiles, etc., de manera que esto no debe alarmar a los amantes del orden y el equilibrio; lo que preocupa es el sentido que tomen las acciones.

Me parece que Przeworsky (1997) ofrece pistas adecuadas cuando centra el problema que se genera en la búsqueda de definiciones de la democracia, ya que normalmente se cae en la cuenta que la democracia se ha convertido en una gran área de disposición y de necesidad de encuentros; sin embargo, es posible cuestionar si es racional la democracia en el sentido que tuvo el término en la base del contractualismo. Para este autor, la pregunta tiene tres vertientes:

“1) De existencia. ¿Existe algo que puede ser considerado como una máxima de bienestar para la comunidad política? ¿Algún Estado en el mundo que sea mejor para todos: voluntad general, el bien común? 2) De convergencia, si existe ¿puede entonces identificarlo el proceso democrático? y 3) de singularidad. ¿Es el proceso democrático el único mecanismo que nos lleva a esta máxima?”(idem:p.16).

Al parecer se generó un exceso de confianza que daba por hecho que el interés general está dado *a priori* y que el procedimiento democrático converge con él. De ahí la regla de la mayoría que convierte sus decisiones en elementos prácticamente infalibles. Pero tal posición tiene sus limitaciones, sobre todo en el mundo contemporáneo, mundo donde la democracia se constriñe casi exclusivamente a la preservación de procesos electorales correctos y transparentes. Pero esto no es de ningún modo el ideal democrático de sociedad.

Al respecto son bastante razonables los argumentos de Berlin (1996, Op. Cit.: 57) en cuanto a que vivir a la luz de la razón implica seguir determinadas reglas o principios; en este sentido poco reparamos que, en casos concretos, éstas chocan entre sí. Por si fuera poco, no reflexionamos sobre que

la acción racional es obrar de la manera que menos perjudique a la pauta general aceptada en la relación contractual. Esto quiere decir que no se puede llegar a la táctica correcta de una manera mecánica, pues no hay normas inflexibles que guíen el comportamiento político.

Me parece que tales supuestos los podemos vincular con el uso desmedido o irresponsable de la libertad, pues no son pocos los regímenes que hablan de dar condiciones de libertad y que en realidad niegan la libertad misma, o bien que las aspiraciones de legitimación hacen que los valores últimos sean irreconciliables.

Esto me lleva a pensar en la idea de explorar que tal vez en términos de la complejidad nos encontremos en presencia de dos (o más) clases de libertad, de manera que resultan ser incompatibles. Si se acepta tal versión, entonces debe aclararse la perspectiva desde la que se visualiza el investigador para reflexionar sobre el hecho de que el conflicto de valores está mediado por una condición drástica en cuanto a que al mismo tiempo se trata de elementos prácticamente absolutos e incommensurables. Tal naturaleza vuelve muy delicado el posible escenario de comprensión de las reglas y sistemas que hacen posible la vigencia de criterios igualitarios o de libertad.

Sin embargo, hay muchas preguntas que surgen, como por ejemplo, si todos comparten el mismo número de conceptos y si éstos pueden hacerse entender unos con otros. Przeworski nos puede ubicar un poco más en las diferentes dimensiones del problema cuando se pregunta si existen buenas razones para pensar si los gobernantes son elegidos por la vía de elecciones libres y competitivas y si, entonces, las decisiones políticas serán más racionales, los gobiernos representativos y la distribución del ingreso igualitaria. Ello implica varias proposiciones pero, en suma, su problema es la democracia y el hecho de que existan ciertas características que no son universales a todas las democracias (Idem: 5).



En realidad, la opción de igualdad de “cada ciudadano un voto” como forma óptima de representatividad tiene serios oponentes, tanto en la realidad como en la teoría. Es un hecho que los ciudadanos son heterogéneos, que hay intereses en conflicto y que la referencia al pueblo, a los ciudadanos, ya no es suficiente; ahora la “representación” significa, a lo más, actuar por alguna mayoría o alguna minoría, pero no está en condiciones de ostentarse como un recurso amplio. Esto, en mi opinión, nos remite a la primera parte del ensayo, en tanto que entra en juego la amplitud de la relación que las leyes de la economía y los sistemas y las dirigencias políticas organizan a cierta escala por lo que, al escapar de un radio, se vuelven poco operativos. Si a esto le agregamos que estamos en un mundo complejo y contingente, entonces parecen ser escasas las opciones para responder a los retos de las crecientes necesidades.

Al parecer, todavía las teorías no han logrado tal grado de refinamiento y las ópticas diferentes tratan de resolver los mismos problemas, pero unas otorgan un peso distinto a las acciones de los individuos. Al respecto, los defensores de la teoría del caos suponen que las sociedades tienen controles internos que pueden demostrar, entre otras bondades, que no son coactivos. Pero surge la duda de cuáles son los parámetros de la regulación y cuáles los instrumentos correctivos.

Conclusión

La complejidad asume una multiplicidad de combinaciones. Se puede contrastar en función de la dimensión que puede adquirir la acción del individuo y puede mezclarse con actitudes entre la racionalidad y la irracionalidad.

Dentro de la complejidad (en la que en algún sentido puede inscribirse el desorden), el reto está en superar la razón universal que se confunde con el Estado o con formas de representación típica (digamos los partidos políticos o formas

corporaciones diversas) que hacen del control una base exclusiva, pero sin darse cuenta de que lo que propician es una sociedad que se vuelve impermeable a nociones básicas de coexistencia y que plantea sus desafíos y problemas como opuestos.

El problema, entonces, continúa estando en el tamaño que adquiere la acción y los escenarios en que se reproduce, pero escenarios que ya no son los de la universalización de conceptos, sino de la inclusión de culturas y sujetos que en la globalización adquieren una nueva dimensión. Considero que la teoría del caos asume, sin ningún argumento factible, que la multidimensionalidad adquiere condiciones infinitesimales (condición obvia pero que debe manipularse); sin embargo, los sistemas políticos y relaciones de cierto tipo entre actores están mediados por aspectos que no pueden obviar escenarios de índole político-institucional.

Me inclino por la propuesta de Berlin en el sentido de que lo que esta época necesita no es una dirección más severa o una organización más científica, sino menos ardor mesiánico y más escepticismo culto. En suma, una aplicación más cauta y menos orgullosa de sí misma (Op. Cit.:104). Por lo tanto, se trata de reflexionar sobre las posibilidades de un tejido social menos organizado que permita las variantes que impone el enfoque sobre el individuo pero en términos de creatividad adaptativa a situaciones o condiciones macrosociales y políticas. ■



Bibliografía

- Alexander, Jeffrey, "La acción y su medio", en Jeffrey Alexander et al, *El vínculo micro-macro*, Universidad de Guadalajara, México, 1994.
- Balandier, George, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1990.
- Berlin, Isaiah, *Conceptos y categorías*, Ed. FCE, México, 1983.
- Berlin, Isaiah, *Contra la corriente*, Ed. FCE, México, 1989.
- Berlin, Isaiah, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1996.
- Dumont, Louis, *Homo Aequalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*, Ed. Taurus, Barcelona, 1982.
- Elster, Jon, *Juicios salomónicos. Las limitaciones de la racionalidad como principio de decisión*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1991.
- Giddens, Anthony, *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*, Polity Press, Cambridge, 1984.
- Giddens, Anthony, *Consecuencias de la modernidad*, Ed. Alianza Universidad, México, 1994.
- Luhmann, Niklas, "La diferenciación evolutiva entre sociedad e interacción". En Jeffrey Alexander, *El vínculo Op. Cit...*, 1994.
- Nisbet, Robert, *Historia de la idea de progreso*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1991.
- Panebianco, Angelo, "Comparación y explicación", en Sartori, Giovanni y Leonardo Morlino, *La comparación en las ciencias sociales*, Ed. Alianza editorial, Madrid, 1994.
- Przeworski, Adam, "Una defensa de la concepción minimalista de la democracia", en *Revista Mexicana de Sociología*, Núm. 3, julio-septiembre, 1997.
- Ritzer, George, *Teoría sociológica contemporánea*, Mac Graw Hill, México, 1984.
- Rousseau, Juan J., *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Ed. Alba, Madrid, 1996.
-